

EDITORIAL

Miguel Á. Sierra

© 2022 Real Sociedad Española de Química

Allá por el final de los años ochenta parecía que el mundo iba camino de convertirse en un sitio mejor para vivir. O por lo menos eso nos parecía a los que en esos momentos teníamos poco menos de treinta años. El telón de acero había caído y un aire de paz y libertad se respiraba por toda Europa. Quedaba mucho que hacer, pero estábamos camino de hacerlo. Incluso se hablaba del "fin de la historia" al quedar las democracias liberales sin alternativas viables... ¡Qué inocentes éramos! Y mira que habíamos crecido en una dictadura, habíamos visto las guerras coloniales en blanco y negro en la tele, y a los B-52 aterrizando y despegando de las bases americanas en España para bombardear Vietnam. Pero no sé, se respiraban aires de cambio, aires de que el mundo podía cambiar, o por lo menos Europa podía hacerlo. La Unión Europea estaba en marcha y prometía Unión, así con mayúsculas, las revoluciones de terciopelo en los países del este y otras tantas cosas. Era un principio.

Y una mañana nos despertamos y todo se fué al garete. Debimos sospecharlo, pero era tan bonito... Sadam Hussein invadió Kuwait y Occidente le sacó de allí a sangre y a fuego. En ese momento todas las esperanzas de que el mundo iba a mejor se quedaron en eso, en esperanzas. La realidad nos llevó a escuchar nuevos términos como "guerra híbrida", "escenarios de conflicto asimétricos", "ciberterrorismo" y otras tantas mandangas para decir que esto seguía como siempre: aquellos ciudadanos que solo querían vivir en paz terminaban pagando los platos que rompían otros dementes, megalómanos y malnacidos, que, como dice Serrat en su canción *algo personal*, "se arman hasta los dientes en el nombre de la paz" y "no recuerdan que en el mundo hay niños".

Dejando ese espejismo a finales de los 80, que puede que solo viéramos unos pocos, la cruda realidad nos sacude todos los días al encender la radio, la televisión o mirar las noticias en internet. Siempre hay una guerra y siempre pagan los mismos. Y lo peor de todo es que nos quieren hacer creer que hay guerras justas y que hay buenos y que hay malos.



No me lo creo. Lo único bueno que tiene la guerra es cuando se acaba. Podemos discutir hasta el hastío si la guerra es un momento en el que avanza el conocimiento (a la fuerza ahorcan), si la inversión en armamento hace que la ciencia avance, o si gracias al proyecto DARPA tenemos internet y GPS. La realidad es que lo que deberíamos preguntarnos es si el coste en vidas, o el dolor que sufre un padre o una madre, con su hijo muerto por un misil dirigido por GPS, merece la pena para saber qué calle tenemos que coger cuando vamos conduciendo.

He dedicado muchos años de mi vida a trabajar para el desarme químico. He aprendido a preparar y manejar sustancias que me asquean y que nunca pensé que tendría que sintetizar. He tenido que aprender a hacer explosivos caseros, manejar toxinas y todo en nombre de "la paz y la seguridad internacional". A la vista del resultado me pregunto si ha merecido la pena, si merecen la pena esos grandiosos organismos internacionales, en los que muchas veces el más fuerte tiene derecho de veto.

Supongo que, si habéis llegado hasta aquí leyendo esta descarga de rabia e impotencia, ya suponéis que se debe

a la invasión de Ucrania por parte de Rusia, o de Vladímir Putin que es más exacto. Lo mejor de todo es que parece que nos ha sorprendido. Una consulta rápida a la web nos devuelve que hay 10 guerras activas en el mundo. Lo que pasa es que Ucrania nos pilla (como sucedió con los Balcanes) más cerca.

No soy un ingenuo. En la guerra no hay ni buenos ni malos, eso lo tengo muy claro. Pero, también tengo claro que uno de los derechos fundamentales del ser humano es el poder defenderse. Y esto va desde defenderse del matón del colegio hasta del megalómano que tiene en sus manos más de 6.000 cabezas nucleares. ¿Que ocurre? ¿Somos incapaces de neutralizar a esta gente? ¿O somos tan tontos como para creer que tienen una mínima cantidad de razón? No soy vidente pero me da la impresión de que sí, de que somos absolutamente impotentes para acabar con estos indeseables que nos pueden llevar al final, en un camino sin retorno, mucho antes que el cambio climático o el calentamiento global, sea o no antropogénico (ni en cómo denominar a cargarse el planeta nos ponemos de acuerdo). En esto estoy plenamente con la RSEQ al condenar la invasión de Ucrania y declarar su solidaridad con el pueblo ucraniano. No obstante, ya veréis como el matón de turno que preside Rusia se va, como otros muchos antes que él, de rositas.

En la época a la que me refería al empezar a escribir este editorial llevábamos una camiseta en la que podía leerse “imagina que hay una guerra y no vamos nadie”. Con un casco de acero y una flor saliendo del casco. Pero qué ingenuos éramos. A los matones no se les convence con razones. Y este es el último punto de este editorial anómalo (como los tiempos que corren). Occidente se va a rearmar. Algunos (Alemania) ya lo han anunciado. A otros nos tocará hacerlo después. Y eso es bueno. Más puestos de trabajo, mejor economía, nuevos descubrimientos científicos. Pero, ay amigo, las armas se fabrican, se almacenan, y un día cuando el matón de al lado nos amenaza, o queremos ser los que mandan, se usan. Y vuelta a empezar. El *terminator* le respondía a Sarah Connor cuando esta le preguntaba ¿No lo lograremos, verdad?: “Está en vuestra naturaleza destruirnos mutuamente”. Espero que no sea cierto o al menos que yo no esté aquí para verlo. Mientras tanto me quedo con las palabras de Julio Anguita cuando le dijeron que habían matado a su hijo en el frente de Bagdad: “malditas sean las guerras y los canallas que las hacen”.

Gracias por leer.

MIGUEL Á. SIERRA
Editor General de Anales de Química.